

## COMPARTIENDO

---

### EL PERDÓN Y EL PACTO DE MISERICORDIA

Comienzo con un aspecto tan esencial en la vida cristiana que es recogido en la oración del padrenuestro o también en el capítulo de la comunidad de Mateo (18): no se puede construir la comunidad sin el perdón. Me mueve a ello la Palabra del pasado domingo XXIV del tiempo ordinario y el conocimiento de algunas situaciones personales de heridas, rencor... que afectan a la vida comunitaria en modo grave. Por otra parte, aunque mayoritariamente no haya situaciones fuertes, siempre podemos avanzar en perdón en algún ámbito de relaciones.

Muchas palabras estimulantes ofrece la Biblia sobre el perdón; invito, en este sentido, a buscarlas y leerlas, a partir de cualquier diccionario bíblico. Bastaría con las del domingo que he citado arriba, pero quiero recordar una que cada miércoles leemos en Completas, añadiendo un versículo: *“pues sois miembros los unos de los otros... que la puesta del sol no os sorprenda en vuestro enojo... No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios con el que habéis sido sellados... Sed más bien comprensivos entre vosotros, llenos de generosidad y ternura, perdonándoos mutuamente como Dios os perdonó en Cristo”* (Ef 4,25-26.30.32).

Perdonar no siempre es fácil y más cuando los años y la reducción de la actividad nos hacen más sensibles. Pero Dios no nos pide imposibles. Quiero citar aquí algunas pistas que nos ayuden a vivir el perdón y la reconciliación. Lo que he recibido ofrezco.

- Repetidamente se nos presenta en la Palabra de Dios el amor de Dios y su perdón como fuente del nuestro: dejémonos querer por Él. Recordemos lo que decía nuestro Fundador sobre el comienzo de la vida espiritual: reconocer nuestra pequeñez y miseria ante la grandeza de los dones de Dios. Mirar a Cristo crucificado es mirar el amor concreto de Dios. ¿Quién puede ante él echar culpas a otros, o sentirse con razones para no perdonar? ¿Quién puede decirle que no le reconoce en el hermano por el que también ha dado la vida?
- A veces confundimos el dolor que nos ha causado un enfrentamiento o una herida recibida con la intención del hermano. O confundimos el dolor con la incapacidad para perdonar. El dolor es un sentimiento y los sentimientos no podemos controlarlos como quisiéramos, ni anularlos. Dios no nos pide luchar directamente contra ellos, sino que no nos dejemos llevar por ellos, ni los alimentemos. No puedo suprimir el dolor ni la violencia que puede aquél generar, pero por encima de ello oro al Señor por mi hermano, intento reconciliarme en Él. Aún más, el mismo recuerdo que persiste, puedo utilizarlo como instrumento para recordarme mi debilidad y orar por quien me cuesta acoger.
- Echar la culpa no sirve de nada. Ni echársela uno mismo ni echársela a otro. Buscar las causas de los conflictos puede ayudar, mientras no “mareemos la perdiz”, por cuanto a veces ayuda a evitarlos, o permite superarlos. Pero buscar culpables no hace sino agravar el problema. Lo importante es mirar hacia adelante.
- Lo mejor de mí es la presencia del Señor en mí. Lo mejor de mi hermano es Jesús en él. Si me cuesta relacionarme con la imagen que tengo de mi hermano, puedo recordar que Jesús está en él, y que éste es más real que la imagen que tengo de

mi hermano. Descubre, acoge, venera, la presencia de Jesús en él, aunque sólo sea por fe. Te ayudará.

- San José de Calasanz invitaba, cuando había dificultades, a exponer con sencillez “todo el sentir interior” al superior o a quien pueda ayudarte. Este hablar nos ayuda a sacar e iluminar lo que tenemos dentro.
- Hay muchas maneras de reconciliarse. Son el sentido común y la caridad los que deben guiar cómo hacerlo. A veces basta un saludo diferente, a veces hay que hablar las cosas explícitamente, sea para aclarar lo que nos duele, sea para pedir perdón.
- Un gesto oportuno es dar la paz al hermano en la eucaristía, mirándole a los ojos. No es fácil. Puede ser necesario que antes medie otro tipo de gestos, palabras o acciones. A veces hace falta acoger la cruz, que también es resurrección. Pero, cuando se hace de verdad, es profundamente liberador, sobre todo para quien lo hace.
- Aceptar que las cosas no se “resuelven” definitivamente, que mi hermano puede intentar cambiar y no conseguirlo... porque al igual que yo, tenemos nuestro temperamento y nuestra debilidad. Basta que estemos en el intento y –en lo posible- hacerlo saber. Y acogerlo con el humor que nace en el corazón de las personas que se sienten queridas y liberadas.
- Volver a empezar sigue siendo clave: cada día decidirte a mirar con ojos nuevos a cada hermano. Y cuando asalta otra vez el juicio fácil o el recuerdo impertinente, pues una sonrisa en reconocimiento de nuestra propia debilidad y un volver a empezar (orando por el hermano o sirviendo en algo, por ejemplo, y en paz).

Calasanz invitaba a hacer un “pacto de misericordia”: *“haga de nuevo un pacto con los de esa casa para que se olvide todo el pasado y para que todos comiencen de nuevo a estar unidos...”* (EP 2573, ag1636 y EP 938, 8sep1628). Quizás hemos de hacer varios pactos, al menos en nuestro interior.

Estoy seguro de que podemos dar pasos importantes.